

El cuerpo de la Compañía de Jesús

Paolo Monaco, s.j.

Leyendo los textos ignacianos a la luz de las palabras de Chiara sobre la “espiritualidad de comunión”, emerge la dimensión “colectiva” de la experiencia de los jesuitas. Las etapas de un itinerario. Elementos para un diálogo entre el “castillo exterior” de la Obra de María y el “cuerpo” de la Compañía de Jesús.

EL cuerpo de la Compañía de Jesús se ha de ver y comprender a la luz de la narración de la Autobiografía y de las visiones de Roma (1553-1555).

La visión de “Cristo como un sol”, que acompaña a Ignacio durante toda su vida, concentra en sí la realidad “mística” de la Compañía, la de ser cuerpo/luz, siendo elegida como símbolo de la Compañía de Jesús:

«...siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba. Y que aún ahora tenía muchas veces visiones, máxime aquellas, de las que arriba se dijo, de ver a Cristo como sol» (Aut. 99) ¹.

El cuerpo de la Compañía de Jesús tiene su raíz en el “paraíso”: en las visiones de Manresa (1522).

El cuerpo tiene una raíz trinitaria:

«Primero. Tenía mucha devoción a la santísima Trinidad... Un día, rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de Nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía la Santísima Trinidad en figura de tres te-

clas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer..., de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la Santísima Trinidad».

El cuerpo es luz que crea:

«Segundo. Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había criado el mundo, que le parecía ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella hacía Dios lumbre».

El cuerpo en el Cuerpo de Jesús:

«Tercero... En la misma Manresa, estando... en la iglesia de dicho monasterio oyendo misa un día, y alzándose el “Corpus Domini”, vio con los ojos interiores unos como rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento claramente fue ver cómo estaba en aquel Santísimo Sacramento Jesucristo nuestro Señor».

El cuerpo es “uno” en la humanidad de Cristo y María:

«Cuarto. Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de miembros. Esto vio en Manresa muchas veces: si dijese veinte o cuarenta, no se atrevería a juzgar que era mentira. Otra vez lo ha visto estando en Jerusalén, y otra vez caminando junto a Padua. A Nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes».

El cuerpo tiene la sabiduría que discernir:

«Quinto. Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama san Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento...

Después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos. Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano» (Aut. 28-31).

El cuerpo de la Compañía de Jesús comienza su existencia terrena con el primer grupo formado por Ignacio de Loyola, Pe-

dro Fabro y Francisco Javier: los “compañeros de Jesús” (París, 1528).

Ignacio deja a “sus” compañeros para unirse a los compañeros “de Jesús”:

«En este tiempo conversaba con Mro. Pedro Fabro y con Mro. Francisco Javier, los cuales después ganó para el servicio de Dios por medio de los Ejercicios» (Aut. 82).

Recuerda Fabro muchos años después:

«Al vivir en la misma habitación, compartíamos la misma mesa y la misma bolsa. Me orientó en las cosas espirituales, mostrándome la manera de crecer en el conocimiento de la voluntad divina y de mi propia voluntad. Por fin llegamos a tener los mismos deseos y el mismo querer. Y el propósito de elegir esta vida que ahora tenemos los que pertenecemos, o pertenezcan en el futuro, a esta Compañía de la que no soy digno»².

De tres pasaron a diez. Se llegó así al voto de Montmartre, 15.08.1534, fiesta de la Asunción de María:

«Ya por este tiempo habían decidido todos lo que tenían que hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían propuesto también esperar un año la embarcación en Venecia y si no hubiese aquel año embarcación para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y acudirían al Papa, etc.» (Aut. 85).

El cuerpo de la Compañía de Jesús, a imagen y semejanza del Hijo, es acogido por el Padre, que confirma el nombre en la visión de La Storta (Roma, 1537).

Por intercesión de María y de Cristo, y por la voluntad misma del Padre, Ignacio, todos sus compañeros y la Compañía de Jesús son “puestos junto el Hijo”.

En Ignacio, el cuerpo de la Compañía de Jesús está unido al Hijo, ha sido “desposado” con el Hijo:

«Había determinado, después que fuese sacer-

dote, estar un año sin decir misa, preparándose y rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» (Aut. 96) ³.

El cuerpo de la Compañía de Jesús comienza su existencia terrena con el primer grupo formado por Ignacio de Loyola, Pedro Fabro y Francisco Javier: los “compañeros de Jesús” (París, 1528).

Diego Laínez, que fue del primer grupo de jesuitas, recordando la visión de La Storta, hace así referencia a la dimensión colectiva de la experiencia personal de Ignacio:

«Íbamos a Roma por la ruta de Siena..., él recibía la eucaristía todos los días de mano del Mtro. Fabro o de mí..., y me dijo que le parecía que Dios le imprimía en su corazón estas palabras: Ego ero vobis Romae propitius [Yo os seré propicio en Roma]. Y nuestro Padre no sabiendo lo que querían significar estas palabras, decía: yo no sé qué cosa será de nosotros, quizás que seremos crucificados en Roma... Después, otra vez, me dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz a cuestas, y al Padre eterno al lado, que le decía a su Hijo: ‘quiero que tomes a éste por servidor tuyo’. Y así Jesús lo tomaba y decía: ‘Yo quiero que tú me sirvas’. Y, tomando por esto gran devoción a este santísimo nombre, quiso que la congregación se llamase: la Compañía de Jesús» ⁴.

El cuerpo de la Compañía de Jesús asume una forma institucional en el discernimiento en común del primer grupo de jesuitas: la *Deliberación de los Primeros Padres* (Roma, 1939).

El designio de Dios, anticipado en las visiones de Manresa, se encarna como Obra-Instituto-Orden:

«Finalmente determinamos la parte afirmativa, es decir, después que el clementísimo y piadosísimo Señor se había dignado unirnos unos a otros y congregarnos, así débiles y oriundos de tan diversas regiones y costumbres, que no deberíamos romper la unión y congregación hecha por Dios, sino más bien confirmarla y asegurarla cada día más, agrupándonos en un cuerpo, y teniendo cuidado y comprensión unos de otros para mayor fruto de las almas, ya que para buscar con ahínco cualesquiera bienes arduos, la misma fuerza unida tiene más vigor y fortaleza que si estuviera fragmentada en muchas partes...; finalmente, dándonos auxilio el Señor, concluimos, no por parecer de la mayoría, mas sin que nadie disintiera: que nos es más consiente y más necesario dar obediencia a alguno de los nuestros».

El cuerpo de la Compañía de Jesús es “una comunidad” en el cuerpo de la Iglesia. Así se viene a decir en la aprobación de la primera *Fórmula del Instituto* (Roma, 27.09.1540):

«Cualquiera que en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, quiera ser soldado para Dios bajo la bandera de la Cruz, y servir al solo Señor y al Romano Pontífice su Vicario en la tierra, tenga entendido que, una vez hecho el voto solemne de perpetua castidad, forma parte de una Compañía fundada ante todo para atender principalmente al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana, y para la propagación de la fe» ⁵.

El cuerpo de la Compañía de Jesús en el Cuerpo de Jesús Eucaristía: la *Oblación de la Compañía de Jesús*, o bien, la profesión solemne de los primeros jesuitas (Roma, 22.04.1541, altar de la Virgen, en San Pablo Extramuros).

Ignacio es elegido general el 8 de abril de 1541 y confirmado el 13 del mismo mes. Jesús Eucaristía hace de los compañeros de

Jesús, unidos “en el nombre de Jesús”, una cosa sola en él. El “cuerpo de Cristo y María”, que había sido visto en el “paraíso de Manresa”, se hace realidad en el cuerpo de la Compañía de Jesús:

«El viernes 22 de abril, de la octava de Pascua, llegados en San Pablo, se reconciliaron todos seis unos con otros, y fue ordenado entre todos que Iñigo dijese misa en la misma iglesia, y que todos los otros recibiesen el santísimo sacramento de su mano, haciendo sus votos en la manera siguiente. Iñigo, diciendo misa, a la hora del consumir, teniendo con la una mano el cuerpo de Cristo nuestro Señor sobre la patena, y con la otra mano un papel, en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros puestos de rodillas, dice a alta voz las palabras siguientes...

«Lo que ayuda para la unión de los miembros de esta Compañía entre sí y con su cabeza, mucho también ayudará para conservar el buen ser de ella, como es especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros...; y en primer lugar el vínculo de la obediencia, que une los particulares con sus Prepósitos, y entre sí los locales con los Provinciales, y los unos y los otros con el General, en manera que la subordinación de unos a otros se guarde diligentemente»

Después de las cuales dichas, consume recibiendo el cuerpo de Cristo nuestro Señor. Acabado de consumir, y tomadas cinco hostias consagradas en la patena, y vuelto a los compañeros, los cuales, después de haber hecho la confesión general y dicho “Domine, non sum dignus”, etc., toma uno de ellos un papel en la mano, en el cual estaba la forma de hacer su voto, y dice a alta voz las palabras siguientes...

Después por orden el segundo hace lo mismo; así el tercero, cuarto y quinto. Acabada la misa, y haciendo oración en los altares privilegiados, se juntaron en el altar mayor, donde cada uno de los cinco vinieron a Iñigo, e Iñigo a cada uno de ellos, abrazando y dando “osculum pacis” (abrazo de paz), no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas, dieron fin a su profesión y vocación comenzada. Después de venidos, todos sintieron una continua y gran paz, para gloria de nuestro Señor Jesucristo».

El cuerpo de la Compañía de Jesús es el centro de las *Constituciones de la Compañía de Jesús* (Roma, 1541-1556). En ellas al jesuita se le incorpora en el cuerpo de la Compañía.

En el *Proemio* encontramos el amor recíproco y la unidad como premisa de las *Constituciones*:

«Aunque la suma Sapiencia y bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla, y de nuestra parte más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe y imprime en los corazones...

Y aunque lo primero y que más peso tiene en nuestra intención sea lo que toca al universal cuerpo de la Compañía, (cuya unión y buen gobierno y conservación en su buen ser a mayor gloria divina principalmente se pretende); porque este cuerpo consta de sus miembros, y ocurre antes en la ejecución lo que toca a los particulares, así en admitirlos como en aprovecharlos y dividirlos por la viña de Cristo nuestro Señor, se comenzará de aquí con la ayuda que la Luz eterna se dignará comunicarnos para el honor y alabanza suya» (Const. 134-135).

El cuerpo de la Compañía de Jesús existe si es uno y unido por el amor obediente:

«...ni conservarse puede, ni regirse, ni por consiguiente conseguir el fin que pretende la Compañía a mayor gloria divina, sin estar entre sí y con su cabeza unidos los miembros de ella» (Const. 655).

«Lo que ayuda para la unión de los miembros de esta Compañía entre sí y con su cabeza, mucho también ayudará para conservar el buen ser de ella, como es especialmente el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros...; y en primer lugar el vínculo de la obediencia, que une los particulares con sus Prepósitos, y entre sí los locales con los Provinciales, y los unos y los otros con el General, en manera que la subordinación de unos a otros se guarde diligentemente» (Const. 821).

El cuerpo de la Compañía como medio de irradiación del único amor de Dios:

«El vínculo principal de entrambas partes para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y suma Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos por el mismo amor que de ella descenderá y se extenderá a todos (los) prójimos, y en especial al cuerpo de la Compañía. Así que la caridad, y en general toda bondad y virtudes con que se proceda conforme al espíritu, ayudarán para la unión de una parte y otra, y, por consiguiente, todo menoscabo de las cosas temporales, en las cuales suele desordenarse el amor propio, enemigo principal de esta unión y bien universal. Puede también ayudar mucho la uniformidad, así en lo interior de doctrina y juicios y voluntades en cuanto sea posible, como la exterior en el vestir, ceremonias de Misa y lo demás, cuanto lo compadecen las cualidades diferentes de las personas y lugares, etc» (Const. 671).

El cuerpo de la Compañía tiene una dimensión externa y otra interna:

«Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, es decir, lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu de ella, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rijan bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres...

Y así parece que a una mano debe procurarse que todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga de ellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos. Porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia a estos exteriores para el fin que se pretende» (Const. 813).

«Tened, sin embargo, por cierto, carísimo hermano, que aunque estéis separado de nosotros por el cuerpo, estáis íntimamente unido con el vínculo de la caridad por nuestra parte, y pienso que también de la vuestra. Persuadíos que no solamente estáis unido con este vínculo de la caridad, más también con el de la santa obediencia, que liga todos los miembros de la Compañía nuestra en un solo cuerpo espiritual, en el cuál estáis incorporado, en dondequiera que os halléis»

El cuerpo de la Compañía de Jesús tiene a Jesús como jefe: así se constata en la visión que se narra en el *Diario* y que recuerda y confirma la de La Storta (Roma, 23.02.1544):

«... viniendo en pensamiento Jesús, (advierdo) un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, siendo él la cabeza 'o caudillo' de la Compañía, ser mayor argumento para ir en toda pobreza ..., pareciéndome en alguna manera ser 'obra' de la santísima Trinidad el mostrarse o el sentirse de Jesús, viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo. [Confirmación de Jesús]».

El cuerpo de la Compañía es un "cuerpo espiritual" que vive "para que todos sean uno": la realidad de la Compañía de Jesús en el *Epistolario*:

«... a quien tiene ya más señorío sobre el

amor propio, lo que tengo escrito de reducirse a la mediocridad de la discreción, tengo por lo mejor, no se apartando de la obediencia, la cual os encomiendo muy encarecidamente, junto con aquella virtud y compendio de todas las otras, que Jesucristo tanto encarece, llamando el precepto de ella suyo propio: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado (Jn. 15,12). Y no solamente que entre vosotros mantengáis la unión y el amor continuo, pero aun le extendáis a todos, y procuréis encender en vuestras ánimas vivos deseos de la salud del prójimo, estimando lo que cada uno vale del precio de la sangre y vida de Jesucristo que costó; porque, de una parte aparejando las letras, de otra aumentando la caridad fraterna, os hagáis enteros instrumentos de la divina gracia y cooperadores en esta altísima obra de reducir a Dios, como a su fin supremo, sus criaturas”⁶.

«Y a vosotros también, carísimos hermanos en Jesucristo, Dios y Señor nuestro, por él mismo os pido que os hagáis capaces de la visitación suya y tesoros espirituales con la pureza de corazón, con la humildad verdadera, con un mismo sentir de todos y un mismo querer, con la paz exterior y interior, que es la que da morada en el ánima y hace reinar en ella al que se dice princeps pacis (príncipe de la paz) (Is. 6,9); y por abreviar, sien-

do todos una misma cosa en el señor nuestro Jesucristo»⁷.

«Tened, sin embargo, por cierto, carísimo hermano, que aunque estéis separado de nosotros por el cuerpo, estáis íntimamente unido con el vínculo de la caridad por nuestra parte, y pienso que también de la vuestra. Persuadios que no solamente estáis unido con este vínculo de la caridad, más también con el de la santa obediencia, que liga todos los miembros de la Compañía nuestra en un solo cuerpo espiritual, en el cuál estáis incorporado, en dondequiera que os halléis»⁸.

¹ Para los escritos de san Ignacio de Loyola, cf. Obras, Madrid, BAC, 6ª ed., 1997.

² En el corazón de la reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro [8], Bilbao, Mensajero, 2000, p.116.

³ Cf. Ejercicios espirituales, n. 147.

⁴ D. Laínez, *Adhortationes in librum Examinis* (1559), en *Fontes Narrativi II*, MHSI, Roma 1951, p. 133.

⁵ Pablo III, Carta Apostólica *Regimini militantis Ecclesiae*. En la *Formula* del 21.07.1550, contenida en la Carta Apostólica *Exposcit debitum* di Julio III, la palabra “comunidad” es sustituida por la palabra “compañía”.

⁶ Carta a los Hermanos Estudiantes de Coimbra (7.05.1547).

⁷ Carta a la Comunidad de Coimbra (15.01.1548).

⁸ Carta al P. Francisco Mancini, s.j. (7.04.1554).

«Para quien recorre el camino de la unidad, la presencia de Jesús en medio de los hermanos es esencial... Esta presencia es propiamente lo que caracteriza el carisma de la unidad. Como los dos polos de la luz eléctrica, aun teniendo corriente, no producen luz hasta que no se unen, pero la producen apenas unidos, así dos personas no pueden experimentar la luz típica de este carisma hasta que no se unen en Cristo mediante la caridad.

En este camino de la unidad todo adquiere significado y valor: el trabajo, el estudio, también la oración y la tensión a la santidad, lo mismo que la irradiación de la vida cristiana, si se tiene con los hermanos la presencia de Jesús en medio, que es la norma de las normas de esta vida».

Chiara Lubich, Discurso en Milán, 9.3.1995